

APÉNDICE

EL ESTADO PRIMITIVO ERA SOBRENATURAL Ó EL ESTADO DE NATURALEZA ES CONTRA NATURALEZA

1. **Cuanto importa refutar las objeciones contra una verdad.**—La escolástica, tan menospreciada, dió, entre otras pruebas de la profunda sabiduría de sus enseñanzas, la del cuidado que pone, no sólo en fijar un principio y demostrarlo, sino en exponer las opiniones contrarias y refutar á fondo las razones en que se apoyan. Sólo entonces cree cumplida su tarea.

Probó así de un modo innegable que comprendía perfectamente la naturaleza de nuestra inteligencia, pues muchas veces hemos podido advertir que sin la solución de las objeciones, ninguna prueba es suficiente, ninguna convicción segura. Se nos dan acerca de una doctrina más razones que podemos retener; no podemos replicar nada á esas razones, y, sin embargo, quedamos, si no en la duda, por lo menos en cierta indecisión. ¿Por qué? Porque la opinión que teníamos antes conserva siempre en nosotros raíces; solamente cuando se las arranca, puede la verdad echar las suyas profundamente en nuestra alma; por el contrario, frecuentemente basta demostrar á alguien la falsedad de una opinión hasta entonces admitida, para hacerle que acepte la verdad sin inconvenientes.

Si se insistiese más en esta parte de la argumentación, que por desgracia no tiene bastante en cuenta la ciencia moderna, no sólo ganarían en solidez y claridad las convicciones, sino que se haría callar más fácilmente á los adversarios de la verdad, y hasta podría ganárselos para la buena causa; pero la mayor parte de las veces nuestro ac-

tual modo de proceder nos deja incapaces de hacer frente á los adversarios. Tenemos nuestra opinión, ó por lo menos, creemos tenerla; en cuanto se presenta cualquiera con la suya diferente, no sabemos qué decir ó cuando menos no podemos defendernos. Por esta razón nunca se pondrá bastante cuidado en evitar que nuestra generación lea ó escuche cosas contra la verdad, pues su falta de autonomía ó su torpeza son tales, que quien mantiene descaradamente una afirmación, queda dueño del campo, ó á lo menos, no queda resuelta la cuestión por el efecto de una respuesta contradictoria. Antes pasaban las cosas de otra manera; se examinaba el valor de las palabras del adversario, y este era un medio de afirmar más las convicciones personales; desde este punto de vista, mucho tenemos que aprender de épocas anteriores injustamente despreciadas.

2. **La invocación de la naturaleza y del estado de naturaleza atestiguan la decadencia de la naturaleza.**—La cuestión presente suministra una prueba de lo que decimos. La Revelación declara de fe que, en el origen, la humanidad se hallaba en un estado de perfección sobrenatural; confirma esto la razón natural, por lo menos probando con lógica innegable que nuestros comienzos en la vida no pudieron estar afectados por la debilidad de que actualmente sufrimos, sino que debieron corresponder de todo punto á la imagen primitiva de nuestra naturaleza; y los recuerdos históricos de los pueblos de todas las épocas nos dicen que así fué en realidad. No obstante eso, persisten muchos en decir que los hombres se han apartado poco á poco de la más profunda barbarie, y los que no quieren admitir completa y francamente esta explicación no se atreven por lo menos á oponerse de una manera categórica, en parte por temor á ser tenidos como retrógrados, y en parte por la incapacidad en que se encuentran de contestar.

Vemos, pues, que la doctrina del estado paradisiaco primitivo no quedaría completamente tratada si su extre-

ma antítesis, la suposición de un llamado estado de naturaleza, no fuese sometido á minucioso examen. Resultará además otra ventaja: esta discusión arrojará luz completa sobre el punto principal que separa á uno de otro, el Cristianismo y el mundo, la Humanidad y el Humanismo, es decir, la cuestión de saber si la naturaleza humana, en su estado actual, es la naturaleza verdadera ó la naturaleza corrompida.

Todos apelan á la naturaleza, los defensores del Cristianismo y sus adversarios, los ascetas y los servidores de la carne, los representantes de un arte y de una literatura sin moral y los más rígidos moralistas. Nadie contradice esta proposición en sí misma: Debemos vivir según la naturaleza. ¿Quién negará que todo error moral y toda deformidad que nos choca en la vida de los individuos, de las sociedades ó de las épocas, procede de una desviación de la naturaleza? ¿Quién no admite que el mejoramiento del hombre, el ennoblecimiento de la sociedad, el verdadero progreso, no son posibles más que por un regreso á la naturaleza? Pero si estamos de acuerdo todos en este punto, una desunción espantosa aparece desde que empezamos á preguntarnos lo que entiende cada uno por esa naturaleza á que se refiere.

El cristiano afirma que siente un respeto demasiado grande á la naturaleza para creer que sea la naturaleza verdadera é íntegra la que encuentra en sí mismo; que esté corrompida, bien interiormente en sus fuerzas, ó simplemente en el exterior relativamente al uso de sus facultades, por la acción enervadora y funesta de influencias extrañas que la turban, poco importa; lo que no ofrece duda es que, tal como está actualmente en nosotros, no corresponde á su verdadera noción.

Así, pues, no podrá el hombre alcanzar jamás la perfección humana, la humanidad, si vive conforme á esta naturaleza, sin circunspección y sin reserva; para alcanzar ese fin, necesitaría, por el contrario, dejar muchas tendencias exteriores que penetraron en ella, aunque hubiere

de hacerse violencia, despertar y cultivar de nuevo muchas inclinaciones que no se han desarrollado, porque se las rechazó ó porque se las dejó más ó menos inactivas.

Otros, por el contrario, sólo cólera y desagrado sienten por tales blasfemias proferidas contra la santa naturaleza; pero si les preguntamos qué entienden por esta palabra, se echa de ver entonces la diversidad de opiniones. ¿Qué idea tiene de la naturaleza el hombre violento cuando habla de los ardores de la suya, el ambicioso que tiene siempre excusas cuando trata de empequeñecer á sus rivales ó dejarlos en la sombra, el vividor y el que sólo piensa en aumentar su fortuna? Fácil es comprenderlo. En cuanto á lo que el libertino invoca con el nombre de naturaleza para justificar sus desórdenes, un corazón puro se resiste ni aun á pensarlo. Cada uno da á la palabra *naturaleza* una significación diferente, pero nadie se atreve á decir francamente su parecer. ¿No bastaría esto solo para convencernos de que la naturaleza no es tan pura como se pretendería hacer creer?

3. ¿Cómo se explica esta predilección por el estado de naturaleza?—Acerca de la cuestión relativa á nuestros orígenes, los antiguos vivían en la misma incertidumbre ó en la misma contradicción que en lo concerniente al estado actual del mundo: tan pronto encontraban éste tan bueno que nada dejaba que desear, como describían la corrupción de esta edad de hierro con caracteres que parecían tomados del budismo ó del pesimismo.⁽¹⁾ Los historiadores, y cuantos concedían importancia á la tradición, parecían concebir el estado de la sociedad de entonces como la decadencia de un estado más antiguo, incomparablemente mejor. Los filósofos, y aquellos vividores que sólo admitían la filosofía en cuanto les permitía justificar sus desórdenes, no creían nunca alabar bastante los progresos que la humanidad había hecho para llegar hasta aquella filosofía, que era su flor más nueva y su más bello ornamento.

(1) Hesiodo, 174 y sig. (Lehrs). Ovid., *Met.*, 1, 128 y sig.

No debe pensarse que sólo nuestra época haya inventado la doctrina del progreso; mucho antes de Jesucristo, cada generación se lisonjeaba de haber llegado á la más alta cumbre de la civilización, y para poder considerarla como muy elevada y alabarse de haber hecho conquistas nuevas, nunca parecían bastante bajos los orígenes de la civilización humana. Si los unos veían en ello una excusa para su vida animal, diciendo que la naturaleza es por su esencia inclinada á esta vida, el orgullo de los otros se alimentaba con la idea del tiempo y de los trabajos que necesitó el hombre para salir por sus propias fuerzas y con tanto brillo de una barbarie tan inhumana. Así es como el poeta favorito del antiguo epicureísmo, y por lo tanto, el favorito también del moderno materialismo, Lucrecio, termina con estas palabras la primera historia darwinista que hubo: «El arte de dominar los mares, de hacer fértil el suelo, de elevar monumentos soberbios, de combinar las leyes, de forjar las armas, de abrir caminos, de preparar las telas; todos los descubrimientos útiles, nacieron lentamente de la necesidad y de la experiencia; el tiempo los revela poco á poco; la industria los hace brillar á la luz del día; el genio los perfecciona, los eleva sin cesar, y les dota de un brillo inmortal». (1)

No corremos riesgo de engañarnos dando estas mismas razones como la explicación de que el mundo procura todavía persuadirse actualmente de la existencia de un estado animal primitivo: dígase lo que se quiera á propósito del progreso indefinido, los hombres apenas cambian; considerados desde el punto de vista psicológico, son siempre los mismos. Todavía hoy el poeta ó el orador que, siguiendo los pasos de Sófocles ó de Demóstenes, escruta los motivos secretos de las acciones humanas y los puntos débiles del corazón, produce una impresión profunda; y el que aspira á ser un hombre de Estado influyente podrá alcanzar su fin lo mismo si estudia la política de Pericles y de Augusto, que si imita la de Richelieu y la de Talleyrand.

(1) Lucrecio, V, 1451 y sig.

4. Historia de la doctrina del estado de naturaleza entre los antiguos.—Sin pretenderlo, la ciencia moderna suministra precisamente una prueba de lo que decimos. Los antiguos podían ya enorgullecerse, si para esto hay motivo, de lo mismo que la teoría evolucionista de Darwin y la antropología moderna con tanta satisfacción se atribuyen. El origen de los primeros seres debido á los átomos y al movimiento, el nacimiento de los animales procedente de células primitivas ó de gérmenes primitivos, la evolución progresiva de los animales hasta llegar á ser hombres, ideas que se glorifican como descubrimientos modernos por excelencia, fueron inventadas tan arbitrariamente y expresadas con tantos aires de suficiencia por los antiguos, como por nuestros modernos sabios; y las conclusiones á que se llegaba no difieren tampoco de las formuladas ahora, y á propósito de las que se renuevan sin cesar las antiguas afirmaciones.

Entre los que se referían con celo especial al llamado estado de naturaleza, (1) ocupan el primer puesto los cínicos, habiendo sido además los únicos, por decirlo así, que predicaron seriamente la naturaleza en el sentido indicado; otros hablan de la naturaleza como el que habla de las ventajas del ayuno después de una copiosa comida, pero parecen haber creído seriamente que el hombre tuvo su origen en las bestias, y que la civilización se derivó de la barbarie animal; esta idea les era tan familiar, que habrían vuelto á ese estado natural gustosamente; de ahí sus tendencias hacia la sencillez en la vida, que, como es natural, tendía á degenerar en vulgaridad y embrutecimiento.

La escuela cirenáica era también afecta al estado natural; pero en tanto que para los cínicos la naturaleza era un signo de debilidad y una falta de cultura intelectual, fué considerada como sinónima del placer animal por los Cirenáicos ó Hedonistas. Si Diógenes no creía vivir según

(1) Diodor., 1, 8, 1 y sig. Euripid., *Suppl.*, 202 y sig. Cicerón, *Invent.*, 1, 2. Horac., *Sat.*, 1, 3, 99 y sig. Moschion, *Fragm. incerta*, 9 (Wagner, *Poet. trag. fragm.*, 140 y sig.).

la naturaleza más que cuando se burlaba de todo refinamiento y de todo respeto á las costumbres tradicionales, como lo hacen ahora los que se juzgan despreocupados, Aristipo no estaba persuadido de su perfecta conformidad con la naturaleza más que cuando dirigía todos sus pensamientos y todas sus aspiraciones hacia los goces más exquisitos, y enseñaba la voluptuosidad á la juventud por la palabra ó la acción; así era como los groseros hasta el exceso y los refinados fuera de toda medida acabaron por encontrarse en ese mismo lodo de que creían, en su ceguera, que había salido el hombre.

Una tercera categoría de individuos se juntaba á esta sociedad para completarla; estaba formada por los más orgullosos de todos los antiguos filósofos, los Estoicos. Cualquiera que fuese el desprecio que profesaron á unos y otros, juraban como ellos por el estado natural, y, como á ellos, el mismo error los arrastró al mismo precipicio. Ninguna secta filosófica predica tan enérgicamente la vida según la naturaleza como la escuela estoica, pero ninguna tampoco mostró de una manera más aterradora á donde conduce esta predicación. Quien sigue la naturaleza, dice, puede pasar por encima de todo lo que no está en la naturaleza, como cosa indiferente para él; pero lo que la naturaleza trae consigo es justo y lícito, aún cuando lo prohiban numerosas leyes; por esto el sabio prescinde de toda consideración, y habla sin vergüenza de las cosas naturales, aunque la moral pública se muestre indignada; ⁽¹⁾ no ve la razón de prohibir lo que ordinariamente se llama inmoralidad, ⁽²⁾ aunque fuese el matrimonio entre hermanos, el del hijo con la madre, ⁽³⁾ toda vez que son cosas del todo naturales. Si alguien deseara comer carne humana, podría sin miramiento alguno satisfacer ese instinto y nadie tendría el derecho de censurarle, porque ese deseo procedería igualmente de la naturaleza. ⁽⁴⁾

(1) Cicerón, *Offic.*, 1, 35, 128.

(2) Diógenes Laert., 7, 33, 131.

(3) Plutarco, *Stoic. repugn.*, 22, 1. Diógenes Laert., 7, 188.

(4) Diógenes Laert., 7, 188.

Estas máximas tienen ya aire de modernismo; pero nos parece encontrarnos ya en plena época moderna cuando oímos hablar acerca del estado natural á la cuarta escuela, que entra en línea, la escuela epicúrea. Nuestros materialistas confiesan que deben renunciar á la invención de novedades cuando Lucrecio canta: «Los hombres tenían entonces una vida errante como animales fieros. ⁽¹⁾ Los frutos que la lluvia y el sol maduraban, los que la tierra daba por sí misma, bastaban para satisfacer su hambre. Entre las bellotas amontonadas al pie de las encinas desenvolvían el vigor á sus cuerpos. ⁽²⁾ No sabían ni preparar pieles, ni vestirse con los despojos de los rebaños salvajes; desnudos, se retiraban á las cavernas de los montes, á la sombra de los bosques; obligados á buscar un abrigo contra la lluvia abundante y los vientos, tendían sus miembros en las fangosas malezas; incapaces de concurrir al bien común no estaban avasallados ni por las costumbres, ni por las leyes. Cada cual, procurando vivir y conservarse á sí mismo, se apoderaba del objeto que el azar ofrecía á sus deseos». ⁽³⁾

5. El estado de naturaleza según los árabes.—Después de estas lucubraciones de un corazón corrompido y de un espíritu bajo, nos sentimos penetrados de un santo respeto por una de las obras más notables que produjo la filosofía de la Edad Media; porque el espíritu oriental tomó vuelo también hacia un estado natural imaginario; pero en esta materia ¡cuánto más noble se mostró que el de la antigüedad! ¡Cómo confunde á los sabios del día!

Abu Becker Ibn Jofeil escribió en el siglo XII una novela filosófica, *El hombre de naturaleza*, que fué traducida al alemán. ⁽⁴⁾ Hace crecer en una isla un niño solo, sin relación con los hombres, para ver en qué iría á parar; es un Robinson que aparece varios siglos antes que el nues-

(1) Lucrecio, V, 929 y sig.

(2) *Id.*, V, 935 y sig.

(3) *Id.*, V, 953 y sig.

(4) Eichhorn, *Der Naturmensch*, Berlín, 1783.

tro, y mucho más noble que él. Si tal asunto fuere tratado por un pensador ó un educador moderno, oiríamos historias sin fin de cómo este niño, á consecuencia de una observación constante, había descubierto todos los secretos de la naturaleza animal, de la química y de la física, y habría aprendido por sí mismo todas las artes, especialmente el de la cocina; pero acerca de Dios, del alma, de la eternidad sin duda nada habría encontrado. El pequeño Robinson árabe, por el contrario descubre, sin instrucción ninguna, en una brevedad de tiempo asombrosa, aquellas verdades espirituales. Mediante continuas investigaciones, las desenvuelve en tan alto grado y con tal profundidad de misticismo que pasa los límites de lo que podría imaginarse. ⁽¹⁾

Esta idea del estado natural es indudablemente un error honroso, pero es siempre un error. Quien conozca al hombre real jamás creará que tales hechos son producidos únicamente por su propia naturaleza. Sucede en esto como en las investigaciones acerca del hombre en estado de aislamiento y separado de toda sociedad, después de haberle proporcionado en secreto todas las conquistas de la historia y de la sociedad, ó como en Noé que podía fácilmente separarse del mundo porque tenía de todo en el arca.

6. Las novelas políticas ineptas desde fines de la Edad Media.—En la Edad Media cristiana, el deseo mal-sano de fingir un mundo mejor, en vez del que realmente hay, no parece haber existido, en todo caso, la literatura de aquella época no suministra prueba alguna de tentativas hechas para inventar estados de naturaleza artificiales. Una época que toma las cosas como las encuentra, que tiene su cabeza llena de planes creadores, no encuentra ocasiones ni ocios para tales ocupaciones; es una señal de que no estaba mal la humanidad en aquel tiempo, lo cual no quiere decir que no haya ensayado abandonar el mundo para refugiarse en el reino de la imaginación, pues no hay época más fecunda en cuentos y leyendas. En tanto

(1) Ritter, *Geschichte der Philosophie*, VIII, 104-115.

que nosotros inventamos hombres y situaciones para colmar nuestros deseos de ideal, se procuraba en aquella época idealizar en lo posible la realidad. En vez de ir á un pasado remoto, se aproximaba este al presente; se entusiasmaban con Alejandro, con Thierry de Berna ó con el rey Arturo, pero sólo porque se les atribuían los caracteres de personajes contemporáneos; por esa razón, aquellas leyendas, lejos de indisponer con el mundo, más bien enorgullecían á la generación de la época, cuyas cualidades se atribuía á los héroes.

Otro motivo por el que era poco contagiosa la inclinación á huir del mundo, se encontraba en la gran libertad de palabra á la sazón existente: el que estaba descontento podía ejercitar la crítica más severa contra las instituciones reinantes y prodigar sus consejos á los príncipes y emperadores para corregirlos; de esa manera casi todos podían desplegar su actividad propia en un ramo cualquiera de la vida social, lo que siempre es un medio excelente para reprimir las vanas investigaciones.

Pero todo cambió de aspecto al principiar los tiempos modernos, cuando la aplicación del derecho romano y el nacimiento del Humanismo empezaron á hacer menguar el espíritu cristiano. En aquella época una dominación tiránica se extendió, al principio por Italia, después por toda Europa. Al experimentarla los pueblos, habían podido recordar, según las palabras de la Sagrada Escritura, ⁽¹⁾ que diferencia hay entre el servicio de las leyes del Señor y el de los reyes de la tierra, pero no pudieron libertarse; se vieron obligados, pues, á emplear diferentes medios para expresar, á lo menos en silencio y sin peligro, los deseos del corazón concernientes á estados mejores.

El estudio de los clásicos les mostraba, ya el ejemplo de Platón, ya el de los historiadores romanos, quienes en situación semejante, habían expuesto sus anhelos de disertaciones históricas, que por referirse á otros pueblos ó á otras épocas no habrían de suscitar recelos.

(1) II Par., XII, 8.